

ANA ESCAURIAZA ESCUDERO, *Violencia, silencio y resistencia. ETA y la Universidad (1959-2011)*. Madrid: Tecnos, 2022, 472 pp.

DOI: 10.20318/cian.2023.8210

En las últimas décadas los académicos hemos prestado una atención preferente al estudio de ETA. Su historia ha sido abordada desde diferentes ángulos: ideológico, organizativo, victimológico, político, cinematográfico y literario. Este análisis se ha realizado además desde ópticas innovadoras que han arrojado luz al fenómeno reforzando hipótesis o refutándolas, incluso desmitificando parte de su historia. Estas han sido, entre otras, el estudio de sus vínculos con el narcotráfico, el seguimiento que hicieron de la organización terceros actores con intereses sobre la península, la identificación de sus conexiones internacionales con otros grupos violentos a través de documentación inédita de archivo de los fondos de la Stasi y de la CIA, o de cómo su brazo político utilizó diferentes canales culturales para propagar su ideario y contribuir a la retroalimentación identitaria de la comunidad nacionalista vasca radical. En la actualidad se conoce mucho mejor cuál fue el impacto de ETA sobre la sociedad española y las diferentes estrategias que empleó durante el franquismo, la transición y la democracia. Por eso, aquel «silencio roto (sólo en parte)» que Santiago de Pablo utilizó en *Vasconia* para definir la

situación de las investigaciones de la historiografía vasco-navarra en 2003 se ha ido fragmentando cada vez más, sobre todo en lo que se refiere a los trabajos que tienen como eje temático a la organización nacionalista vasca radical. Desde luego, esa «parte» es más amplia, pero la fractura no se ha terminado de producir.

Es innegable que desde la entrada del siglo XXI ha habido grandes avances en las investigaciones sobre el fenómeno terrorista, pero en la medida en que estos se han producido se han abierto otras líneas de investigación: más agujeros. Uno de ellos es la relación que la organización terrorista vasca ha tenido con la universidad, concretamente el impacto que dejó sobre ella: un terreno completamente yermo del que sólo había unas pocas referencias hasta la investigación de Ana Escauriaza Escudero. En su libro *Violencia, silencio y resistencia. ETA y la Universidad (1959-2011)* (Tecnos, 2022), que es fruto de su tesis doctoral, esta investigadora de la Universidad de Navarra da sentido uniforme a los acercamientos previos realizados por García Mengual y Farinós (2004), De Pablo y Rubio Pobes (2006), Bezunartea (2013) y Pagazaurtundúa (2015), que utiliza para profundizar en la cuestión y diferenciar la violencia que infligió ETA sobre la universidad de la del resto de la sociedad. En efecto, uno de los méritos de la investigación de Escauriaza es su hipótesis de partida, que defiende y demuestra perfectamente en el texto: la

comunidad universitaria (alumnado, docentes, personal de servicios, etc.) sufrió un trato distinto al del resto de la sociedad; es decir, hubo una especificidad universitaria del acoso terrorista. El historiador y exrector de la UPV-EHU Manuel Montero lo subraya con elocuencia en el prólogo: la investigación de la historiadora vasca era necesaria en tanto que hubo una singularidad universitaria en el padecimiento de la violencia radical. La universidad, junto con la persecución, intimidación, ataque y asesinato de políticos no-nacionalistas, miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y profesionales de la comunicación, entre otros, fue uno de los espacios que ETA fijó en su estrategia para lograr imponerse en la sociedad vasca. Fue su particular forma de cortocircuitar el pluralismo, implantando su concepción sobre la nación vasca a golpe de amenaza, coacción y atentado. La violencia, por tanto, ha estado presente en la comunidad universitaria vasca desde antes del nacimiento de la universidad pública vasca: la UPV-EHU.

La creación de un centro de educación superior universitario propio, que no fuera «españolizante», constituyó una de las reivindicaciones de la organización desde la década de 1960 y a tal efecto dedicó gran parte de su actividad durante el franquismo y la transición. Fue una de las demandas coincidentes con los objetivos del Partido Nacionalista Vasco, pues ambos consideraron que se necesita-

ba una universidad netamente vasca para lograr una efectiva construcción nacional, como señala la autora. Así, durante estos años, ETA se introdujo en el movimiento estudiantil llamando a la movilización y la autodefensa frente a las agresiones ideológicas de la dictadura.

Una vez que el País Vasco logró crear e impulsar su propia universidad en la década de 1980, al calor del Estatuto de Gernika, ETA y el nacionalismo vasco radical incrementaron su actividad en la universidad y lo hicieron de forma violenta y excluyente. Por un lado, ETA acabó con la vida de varios profesores. Por otro, la auto-denominada izquierda *abertzale* impulsó un movimiento estudiantil diferenciado a través del sindicato *Ikasle Abertzaleak*. La actuación de ETA y sus ramificaciones políticas en el seno de la universidad fue *in crescendo* durante la etapa de consolidación democrática, como relata Escauriaza, no sólo por la persistencia estratégica de ofrecer una educación nacionalista, sino por la aparición y continuidad en el tiempo de la violencia callejera dentro de los campus. Esta dejó su huella en las diferentes universidades vascas y navarras, incluyendo aquí tanto públicas como privadas (Universidad de Deusto y Universidad de Navarra, entre otras), y trajo consigo las primeras reacciones institucionales contra ETA, que se produjeron como consecuencia de diferentes asesinatos, como los del profesor Juan de Dios Doval y del capitán de farmacia Alberto Martín

Barrios en la década de 1980. Esta primera reacción, coincidente con el nacimiento de Gesto por la Paz de Euskal Herria, se tradujo en rechazo de una parte significativa de la comunidad universitaria, a la par que puso de manifiesto cómo la polarización política en torno a la condena, indiferencia o apoyo del terrorismo marcaría el devenir de la institución.

La universidad reprodujo también a través de su microcosmos particular lo que estaba comenzando a emerger en la sociedad civil: el rechazo del terrorismo, que, sin embargo, no llegaría hasta mediados de la década de 1990 con el largo secuestro de José Ortega Lara, el asesinato de Miguel Ángel Blanco y el profesor Francisco Tomás y Valiente, y la aparición de organizaciones como el Foro de Ermua y Basta Ya. Pese a movilizaciones y posicionamientos en contra de ETA, en la década del 2000 la violencia continuaría afectando a la comunidad universitaria de diversas formas: el parlamentario socialista Fernando Buesa y su escolta Jorge Elorza fueron asesinados junto al campus alavés de la UPV-EHU, al igual que el profesor y político socialista Ernest Lluch, que recibió dos disparos en la cabeza en el garaje de su domicilio de la ciudad condal cuando regresaba de dictar clase en la Universidad de Barcelona. La organización terrorista colocó bombas en los campus de Pamplona, Leioa o Deusto y atentó en otras universidades españolas como demuestran los casos citados. Además, fijó

como objetivo a aquellos profesores que se hubieran posicionado contra ETA e integraran organizaciones contrarias a la violencia que solicitaban no sólo el fin del terrorismo sino que mantenían una actitud frontal contra el nacionalismo vasco radical.

La violencia terrorista estuvo presente en la universidad hasta que ETA cesó su actividad. Y lo estuvo con más bombas, con acción callejera de Kale Borroka y con prácticas mafiosas de diversa índole: pintadas contra miembros de la comunidad universitaria, montajes de fotos de políticos o profesorado con los que fomentar su discurso de odio, amenazas y extorsión al equipo docente y rectoral, y al alumnado. Todo esto sin olvidar, como recuerda en diferentes tramos de su obra la historiadora bilbaína, determinados correlatos, abusos y desmanes que cometieron diferentes cuerpos policiales contra parte del alumnado vasco, categorizado y/o susceptible de ser un peligro en potencia, o con la polémica suscitada en torno a los presos de ETA y su presencia en la UPV-EHU.

Todas estas cuestiones se recogen en la excelente obra de Ana Escauriza a través de cinco prolijos capítulos en los que la precisión conceptual, el tono científico-divulgativo, la contextualización y la vocación pedagógica son pilares de su relato y narrativa. Es una obra fundamental para recordar nuestra historia reciente, como estudiantes y antiguos alumnos, docentes y miembros de la sociedad civil vasca.

Más aún cuando parece haberse olvidado algo que ocurrió prácticamente ayer. La profesora Escauriaza así lo revela al rescatar un suceso acaecido el 31 de octubre de 2021 en el campus vizcaíno de la UPV-EHU, en el que un joven de 21 años entró en la Facultad de Ciencia y Tecnología realizando varios disparos de escopeta que sembraron el pánico durante horas. La comunidad universitaria quedó impactada por ese grado de violencia, como si nunca hubiera sucedido algo similar en una universidad vasca, y fuera algo propio de Texas o Colorado. Por eso, es tan importante el trabajo de esta historiadora porque «sin quitar ninguna importancia [...] [las reacciones] revelan muy poca memoria sobre algunos hechos ocurridos en el mismo escenario en los últimos cincuenta años». También sirve para entender los recurrentes coletazos de violencia que se siguen reproduciendo en el ámbito de los campus universitarios vascos, afectando sensiblemente a edificios, mobiliario y distintos materiales de la universidad y retrotrayendo a determinados colectivos a etapas pretéritas marcadas por la omnipresencia del discurso violento. La obra de Ana Escauriaza sirve, pues, para entender nuestro presente y realizar un necesario ejer-

cicio de reflexión sobre la naturaleza de la violencia y el porqué de su presencia en el seno de la máxima institución académica: la universidad, en origen, cuna de debate, discusión, conocimiento y razón.

Bibliografía

- Fernando García Mengual y Marí Farinós, coord., *Universidad y terrorismo vasco* (Valencia: Fundación Profesor Manuel Broseta, 2004).
- Maite Pagazaurtundúa, *Los profesores de la UPV frente a ETA* (s.l.: UPyD, 2015). 88 p.
- Ofa Bezunartea, *Memorias de la violencia. Profesores, periodistas y jueces que ETA mandó al exilio* (Córdoba: Alfaguara, 2013). 341 p.
- Santiago de Pablo y Coro Rubio Pobes, *Eman ta zabal zazu. Historia de la UPV/EHU, 1980-2005* (Bilbao: Universidad del País Vasco, 2006). 478 p.
- Santiago de Pablo, “Silencio roto (sólo en parte). El franquismo y la transición en la historiografía vasconavarra”, *Vasconia*, n.º 34 (2005): 383-406 p.

David Mota Zurdo
Universidad de Valladolid